

y permitan continuar la obra hacia arriba. En este caso están constituidos por un sólido aprendizaje en la Escuela Superior de San Fernando, los cursos de ampliación sobre muralismo, litografía e ilustración y el contacto directo con maestros y escuelas de España y el extranjero. Gloria Merino afirma sin reservas la absoluta necesidad de las enseñanzas académicas que, cuanto más sólidas, más medios proporcionan al artista para desarrollar su personalidad, conociendo los medios de resolver técnicamente cualquier problema. Gloria cursa sus estudios en la que consideramos primera etapa de su trayectoria y en la que ya, paralelamente al trabajo académico, comienza a realizar algunas obras de temas manchegos, con paisajes, objetos y personajes, perfectamente conocidos a lo largo de años, que por sus características definidas y recias solicitan un tratamiento pictórico que la bisoña autora intuye y ensaya.

La segunda etapa, abierta en 1956 con un viaje de estudios a Italia, marca el inicio de un estilo personal. En realidad comienza a desarrollar una serie de soluciones técnicas que le facilitan la expresión más acorde a ese mundo que ya es el eje de su pintura. El dibujo se hace más esquemático, excluyendo las referencias secundarias y erigiéndose en protagonista, primando sobre el color. Bien por el influjo de las enseñanzas de Ramón Sotlz, bien por la necesidad de plasmar su mundo manchego compuesto por grandes planos –las amplias fachadas, las extensas manchas del paisaje, las holgadas ropas– las formas adquieren sobre el lienzo volúmenes de intención muralista, casi escultóricos. Italia, por otra parte, le descubre el valor del paisaje urbano y la riqueza cromática –singularmente en los tonos calientes– del mundo manchego tan afín en cierta medida a los que ve en Italia. La sobria paleta de hasta entonces se vuelve brillante y colorista, como después en París adoptará toda una gama de grises, con lo que Gloria Merino llega a la posesión total de lo que en adelante va a ser su propio color. Y este color va a reemplazar al dibujo en la primacía del cuadro, aunque siga siendo este último muy importante como vertebrador de la composición.

De 1961 a 1965 transcurre una tercera época en la evolución de Gloria. Ha llegado a un punto en que, por la simplificación de la línea y la viveza del color, para entendernos podríamos calificar su estilo

como afín al cubismo expresionista. Una larga estancia de tres años en París le permite redondear su técnica y su modo expresivo cuyas características fundamentales son el color vivo y contrastado, el sutil empleo de las veladuras y una composición cuidadosa donde el ritmo de los volúmenes valora justamente los diversos elementos. Hasta entonces, la mayor atención de la pintora se dirige al cuadro de composición, frecuentemente de intención casi costumbrista. Es a partir de 1965 cuando Gloria Merino se lanza a la conquista del paisaje, a la interpretación plástica de los anchos espacios castellanos y manchegos, inundados de luz, recibiendo esa luz que directamente, sin intermediarios ni rebotes, va al encuentro de las formas y a poner de relieve el color auténtico. Es entonces cuando nuevamente lo cromático redobla su importancia frente al dibujo, cuando el colorido se hace todavía más luminoso y contrastado. La artista ensaya nuevos materiales –polvo de mármol por ejemplo– y presta mayor atención a los empastes. El paisaje, en toda su plenitud, es tomado como tema en sí mismo, en contraste con las etapas anteriores en que sólo era complemento, telón de fondo, de los personajes o las escenas. Es la «áspera y espléndida» Castilla la que surge en toda su autenticidad –lomas, trigos, cielos que se unen al horizonte, sombrías arboledas, manchas pardas del caserío– pero obviamente vista a través del personalísimo prisma de una creadora ya en total posesión de un rico, suntuoso, gayo y vigoroso estilo.

Pero, esos cerros, esos trigales, esas calvas rocosas, grisáceas, bajo los cielos azulencos o aborregados, con ser tan hermosos, o rudos, o vibrantes de color, no puede hacer olvidar a Gloria Merino el bullir de la vida cotidiana de sus paisanos de Malagón. A partir de los comienzos de la década de los setenta torna de nuevo a sus formidables personajes –abuelas, chicuelos, fuertes campesinas, hombres del campo– plasmados en el trájín diario o en los apacibles ocios y también al increíble paisaje urbano manchego de cal y cerámica, de piedra y de luz. Ahora bien: la Mancha y Malagón y sus gentes no son ya los de la niñez de la pintora; ha irrumpido la mecanización, con sus tractores; en la taberna, la televisión compite con los naipes o el dominó; los mercados semanales han trocado la tradicional artesanía por el plástico y el remedo barato del

